

te que no era bueno para nada, distinguiéndose principalmente por su afición á los deportes al aire libre. Era un buen tirador de esgrima y muy diestro en el tiro, y un ardiente *sporstman*. Pero estas habilidades no hubieran podido hacerle ganar la vida. A los diez y seis años fué colocado de escribiente en casa de un notario, y aun así no mostró predilección por la literatura. Su resolución de dedicarse á la carrera de autor fué accidental. Un amigo suyo que escribía para el teatro le propuso unirse á él, observando que « el escribir para el teatro era un oficio como cualquier otro y que sólo requería práctica. » Los primeros pasos de Dumas en esta senda fueron fracasos, pero no se desalentó, y triunfó al fin con su *Enrique III*. A partir de este punto su carrera fué una continuada serie de triunfos. Escribió unos ochenta dramas y más de cuarenta novelas.

Hasta el brillante Sheridan, cuando fué presentado por su madre al maestro de escuela, oyó de labios de la misma, que era una de las cabezas más duras que había visto en su vida. Era travieso, impetuoso y aficionado á burlas y á picardías. La muerte de su madre, que fué su primer dolor, amansó su corazón. Desde aquel momento se aplicó con la mayor diligencia, y, con el tiempo, conquistó un puesto entre los grandes hombres de su nación. Juan Howard, el filántropo, no hizo progresos en la escuela; era considerado como nulo, y fué puesto de aprendiz en casa de un tendero. Fowell Buxton era también un muchacho negado, más aficionado á tirar y á cazar que á aprender. Pero hasta en la práctica de estos deportes ganó bastante, pues adquirió salud y fuerza. El conocimiento de los libros de la escuela puede hacer que

un muchacho figure á la cabeza de su clase; pero para colocarse en primera fila en la vida corriente, le hacen falta actividad, aplicación y paciencia. Verdaderamente una aplicación exclusiva á toda clase de estudio, cuando el joven se acerca á la virilidad y cuando sus hábitos están en vías de formación, puede hasta cierto punto perjudicarle para la vida práctica. De aquí la estupidez de los escolares, y la ignorancia de los sabios que Hazlitt ha descrito con tanto vigor y agudeza <sup>1</sup>.

La educación del capitán Marryat, fué muy limitada en su niñez, y se embarcó cuando sólo tenía doce años. Él mismo cuenta la siguiente anécdota acerca de su vida escolar y de la de mister Carlos Babbage: « La primera escuela donde estuve se hallaba dirigida por una vieja. Los demás niños eran todos buenos, pero Carlos Babbage y yo éramos siempre los diablos de la escuela. Él y yo estábamos siempre haciendo travesuras, y la buena vieja acostumbraba á colocarnos uno junto á otro, de pie encima de los bancos en medio de la clase, y señalándonos como ejemplo á los demás les decía: ¡Mirad á estos dos niños! Son malos muchachos y jamás harán carrera en el mundo. Seguramente ambos tendrán mal fin. Lo más gracioso es, añade, que Babbage y yo hemos sido los únicos de la escuela que hemos hecho hablar de nosotros. »

Muchos grandes guerreros han sido muy tardos para aprender en la niñez. Beltrán du Guesclin no pudo aprender ni á leer ni á escribir. « Jamás ha habido muchacho más malo en el mundo, decía su madre;

1. Hazlitt, *Table-Talk*: « Ignorance of the Learned ». (V. pág. 172.)

está siempre herido, con el rostro desfigurado, pegando ó recibiendo golpes; su padre y yo deseáramos que estuviese tranquilamente bajo tierra. » Sin embargo, du Guesclin aprendió rápidamente la táctica militar y llegó á ser un general victorioso.

El duque de Malbouroug, aunque su educación era descuidada, dió desde muy temprano indicios de genio militar; hasta tal punto, que el mariscal Turena, que guerreaba contra él, predijo que aquel « buen mozo inglés » llegaría á ser un día maestro en el arte de la guerra. No obstante, llegó á la edad de cincuenta años antes de tener ocasión de desplegar su talento. Después de una serie de notables victorias, obligó á los ejércitos franceses á repasar la frontera. El duque tenía cincuenta y cuatro años cuando ganó la batalla de Blenheim, cincuenta y seis cuando ganó la de Ramillies, y cincuenta y nueve cuando la de Malplaquet, donde dió pruebas de la mayor osadía militar. Tenía nada menos que sesenta y un años cuando atacó y tomó la inexpugnable fortaleza de Bouchain.

Turena mismo, como hemos visto, aprendió tarde y con dificultad, mostrándose rebelde á todo castigo y sujeción; pero cuando se despertó su ambición, su encarnizada perseverancia reemplazó grandemente su pereza para aprender. Clive era un muchacho negado y malo, un gran camorrista, el jefe de todos los muchachos perezosos de Marquet-Drayton, y el terror de la vecindad. Sin embargo, uno de sus maestros tuvo la sagacidad de predecir que aquel muchacho perezoso, aunque intrépido, daría mucho que hablar en el mundo.

Wellington, que llegó á ser uno de los más grandes generales y uno de los más prudentes hombres de

Estado, completó sus estudios militares en Angers, sin mostrar gran afición. Incorporado al ejército, pasó de la infantería á la caballería dos veces, y viceversa; después de lo cual rogó á lord Camden, virrey de Irlanda, que le concediese un empleo en la administración de rentas ó en la del Tesoro<sup>1</sup>. Afortunadamente, lord Camden no accedió á esta petición. A consecuencia de su petición, fué incorporado al regimiento 33, en el Cabo de Buena Esperanza, regimiento que pasó de allí á Bengala en 1797. Desde esta época, la historia del general Wellington forma parte de la historia de Europa. Aunque los Napier estuvieron muy lejos de ser escolares torpes, recibieron muy escasa instrucción en la escuela. Guillermo, el historiador de la guerra de la Península, tuvo por maestro á « un raro y viejo pedagogo, director de la Escuela de Gramática en Cellbridge, del cual no aprendió nada ». Fué educado en parte por una parienta en su casa, pero principalmente por sí mismo. Tenía buena memoria, y sabía de memoria toda la *Iliada* y la *Odisea*, de Pope; pero su educación elemental dejaba mucho que desear, y no sabía deletrear correctamente á los veinte años. Siendo teniente de artillería escribía: « Sam extremely miserable at having made my father imneassy ». (Siento en el alma el haber incomodado á mi padre). « Charles is a lazy thief, I wrote to him a weck ago to send or come myself with my ten guineas, and has neither

1. El general Córdova cuenta en sus interesantes Memorias, que en cierta ocasión el famoso Narváez, futuro duque de Valencia, y eminente estadista, siendo todavía teniente coronel, pidió á su amigo y jefe, el general D. Luis de Córdova, la licencia, que le procurase la plaza de administrador de Correos de Bilbao, pues estaba cansado de milicia y política, y deseaba retirarse. — (N. del T.)

sent it nor answered me, the unnatural villain ». « Carlos es un ladrón perezoso ; le escribí hace una semana que me enviara mis diez guineas, ó que viniera él mismo á traérmelas, y no me ha enviado nada, ni me ha respondido ; es un villano desnaturalizado. » Uno ó dos años más tarde, sus cartas se hacen más correctas en cuanto á la ortografía y á la gramática. Fueron aumentando en vigor, estilo y expresión, y él llegó á ser, andando el tiempo, el primer historiador militar de su época, sin excepción. Carlos, « el desnaturalizado villano », fué el paladín de la familia. Era, naturalmente, tímido cuando niño ; pero logró modificar su carácter, merced á una extraordinaria fuerza de voluntad. Fué un héroe durante toda su vida, y hasta el fin de ella se mantuvo justo, intachable, digno, puro y compasivo.

Algunos niños, como lord Cockburn, se ven, por decirlo así, reducidos á un estado de estupidez, y no hacen progresos hasta que se ven libres de sus maestros de escuela, y en libertad para descubrir su natural inclinación. Jorge Cabanis, cuando muchacho, dió tempranos indicios de habilidad ; pero la severa disciplina de la escuela en que su padre le había puesto, tuvo por único efecto volverle perezoso y obstinado, y al fin se vió expulsado de ella. Habiendo observado su padre que cuando no le violentaban era siempre un estudiante lleno de buena voluntad, y que se sometía rígidamente á las reglas que se imponía él mismo, se decidió á intentar el aventurado experimento de dejar al joven Cabanis continuar sus estudios á su antojo, á la edad de catorce años. El experimento se vió coronado por el éxito. En dos años el joven reparó los defectos de su educación en la escuela ; se

puso al corriente de la literatura de su país, y estudió griego, latín, filosofía y metafísica, sucesivamente, y con el mismo ardor. Al cabo de algún tiempo se vió reducido á la impotencia, por su mala salud. Llamaron al famoso Dutreuil para asistirle, y éste indujo al joven á seguir los estudios de medicina bajo su dirección. Por espacio de seis años estudió con Dutreuil, y el grado eminente que alcanzó después Cabanis como médico y como fisiólogo justifica ampliamente los pronósticos de su amigo y maestro.

A veces un muchacho dotado de verdadero genio inventivo es considerado como estúpido y aturdido, simplemente porque su habilidad especial no ha tenido ocasión de manifestarse. Cuando Klapproth, el célebre orientalista, estaba estudiando en la Universidad de Berlín, era considerado como especialmente torpe. Un día le dijo su examinador : « No sabe usted una palabra de nada ». — « Dispense usted, respondió Klapproth, conozco el chino ». La respuesta excitó la sorpresa y la desconfianza. Pero después de informarse convenientemente, resultó que el joven, sin ayuda alguna, y en secreto, había llegado á dominar realmente una de las lenguas más difíciles de Oriente. Esta circunstancia determinó la dirección de sus estudios y de su futura carrera. Lo mismo sucedió con Linneo, hasta que reveló su verdadero genio. En la escuela era muy negado, pero en la huerta y en el bosque era un prodigio. También ocurría lo mismo á sir José Banks, que era tan aficionado á jugar cuando muchacho, que casi no aprendió nada en la escuela ; pero la belleza de las flores silvestres en los llanos próximos á Eton le llenaron de asombro y de admiración, y desde aquella época se consagró con todo el ardor de su

naturaleza al estudio de la botánica y de la historia natural.

El genio del general Menabrea, que fué no hace muchos años presidente del Consejo de ministros de Italia, se desplegó en edad temprana de un modo notable.

Habiéndose portado mal, fué condenado á encierro en una habitación retirada en el castillo de su padre. Al fin consiguió abrir una brecha en la pared, y no paró hasta que volvió á donde estaba su madre, lleno de pies á cabeza de cal y polvo de ladrillo. Cuando lo enviaron al colegio de Turín, su afición á las matemáticas era tal que, para procurarse algunos libros científicos costosos, por los que tenía el mayor empeño, vendió una gran parte de sus vestidos, y fué sorprendido por su cuñado, el conde Brunet, en el rigor del invierno, entregado á sus cálculos, y cubierto con un ligero traje de verano, que le quedaba de su guardarrropa. Tales fueron las primeras indicaciones del genio que desarrolló después en la dirección de las operaciones de los sitios de Ancona y Gaeta, que dieron por resultado la toma de estas importantes fortificaciones.

Hay también casos en que los hombres parecen haber estado como de barbecho en su juventud, y haber dado sólo pruebas de su capacidad al llegar á la mitad de su vida ó á la ancianidad. La naturaleza de ciertas inteligencias, lo mismo que la de ciertas plantas, consiste en llegar á la madurez en diferentes estados de la vida; algunas en la primavera, otras en pleno verano y otras en el otoño. Al mismo tiempo hay que advertir que los hombres no dan con frecuencia indicios de lo que pueden realizar con éxito, porque no se

les presenta acasión para ello. Aunque César no llegó al poder supremo hasta una edad relativamente tardía, se había distinguido en su juventud por su valor personal. Fué edil á los treinta y cinco años y cónsul á los cuarenta y uno, después de lo cual, á los cuarenta y dos, tomó el mando de las fuerzas romanas en Elicia y en la Galia. A los cincuenta y dos dió y ganó la batalla de Farsalia, contra Pompeyo, que tenía entonces cincuenta y ocho. Sin embargo, César, tan gran hombre de Estado como general, merced á su capacidad como dictador, y después como emperador, marcó, más que ningún otro, la huella de su inteligencia en la política y en la historia de la Roma imperial.

Oliverio Cromwell era ya de edad madura antes de que pudiese dar pruebas de su gran talento militar. No tuvo experiencia ninguna de la vida militar antes de los cuarenta años. Fué primero nombrado capitán á la edad de cuarenta y tres, y coronel á los cuarenta y cuatro. El año siguiente, puesto al frente de la caballería del ejército parlamentario, fué el principal instrumento de la victoria de Marston-More; y á los cuarenta y seis ganó la batalla de Naseby. En realidad, como soldado no perdió una sola batalla: A la edad de cincuenta y cuatro años fué elegido lord protector de Inglaterra.

Uno de sus más hábiles auxiliares fué el coronel y después almirante Blake. Había llegado á la mitad de su vida antes de abandonar la tranquila posición de propietario rural. Después de haberse distinguido como soldado, fué encargado del mando de la flota parlamentaria, á la edad de cincuenta y cuatro años; y como tal salió al encuentro de Van Tromp, que llevaba

un haz de retama en su palo mayor, en señal de haber barrido el mar de barcos ingleses. Blake obligó á Van Tromp á quitar la retama; le encontró en el estrecho de Dover, le atacó, le venció y la puso en fuga. Van Tromp fué destituido del mando, siendo nombrados en su lugar De Ruyter y Cornelio de Witt. Pero no salieron mejor librados de manos de Blake. Se apoderó de unos barcos mercantes holandeses que volvían cargados, limpió el canal de barcos holandeses, y obligó á la flota enemiga á refugiarse en el puerto. Van Tromp fué de nuevo nombrado almirante, y cruzó el canal para buscar á los cuarenta barcos de Blake con ochenta barcos de guerra. Blake fué batido en esta ocasión, y Van Tromp izó de nuevo su haz de retama. Pero no duró largo tiempo. Blake se hizo á la mar de nuevo con ochenta barcos, y después de un largo combate que duró tres días consecutivos, obligó á la flota á refugiarse en Calais, con pérdida de once barcos de guerra y treinta mercantes. También asistió á la batalla final entre Van Tromp y los generales Deane y Monk, en la que fué muerto Van Tromp. El almirante Blake prestó otros grandes servicios á la república, y continuó manteniendo muy alto el pabellón de la flota inglesa. Murió á bordo de su barco al entrar en el puerto de Plymouth, á su regreso de Cádiz, á la edad de cincuenta y nueve años.

Dándolo fué elegido dux de Venecia á los ochenta y cuatro años. Teniendo noventa y cuatro, y estando ciego, tomó por asalto á Constantinopla, y fué elegido para el trono del imperio de Oriente, que rehusó, muriendo á los noventa y siete años, en el ejercicio de su cargo de dux. Washington había llegado á la edad madura antes de inaugurar la brillante carrera de su

vida. Dumouriez pasaba de los cincuenta cuando tuvo ocasión de demostrar su talento militar, teniendo por espectadores á toda Europa. El viejo Radetzky, el general austriaco, alcanzó su gran victoria en Novara cuando había cumplido los ochenta y tres años. Antes había servido largo tiempo, pero no había tenido oportunidad para distinguirse <sup>1</sup>. Bombardeó y tomó á Venecia, después de tres meses de heroica resistencia; entonces fué nombrado gobernador general de las provincias austriacas en Italia, y no se retiró de la vida activa hasta que cumplió los noventa años. Lord Clyde, aunque se unió al ejército en 1808, y estuvo en las batallas de Vivero y la Coruña, aguardó largo tiempo antes de llegar al empleo de coronel. Tenía cerca de cincuenta años cuando se embarcó para China, mandando el regimiento 78. Tenía sesenta y dos cuando se encargó del mando de la brigada escocesa en Crimea, y sesenta y cinco cuando llevó á cabo su gran hazaña de librar á Lucknow y sofocar la rebelión de la India. Von Moltke, á la avanzada edad de sesenta y seis años era apenas conocido. Había escrito largo tiempo antes la historia de la guerra turcorusa en 1828 y 1829; y en la traducción inglesa de dicho libro, publicada en 1854, decía el editor, hablando de Moltke, que había sido « capitán en el ejército prusiano, en vida. ». Sin embargo, el gran estrategico vivió lo suficiente para ganar la batalla de Sedán á los setenta años. Los soldados que no han tenido oportu-

1. Á este propósito recordamos la siguiente anécdota referente al general Castaños, vencedor en Bailén. El mariscal Dupon le dijo, al entregarle su espada: *¡ Ahí tenéis mi espada, vencedora en cien combates!* Y Castaños le contestó: *Mi general, ésta es la primera victoria que yo gano.* Tenía cincuenta y dos años. — (N. del T.)

tunidad para distinguirse, pueden cobrar ánimo con este ejemplo.

Algunos hombres han fracasado en unas cosas y tenido éxito en otras. Addison fracasó como orador y autor dramático; la primera representación de *Rosamund* fué silbada por el público; pero sus artículos en *The Talter* y en *The Spectator* fueron los más encantadores ensayos del mundo. Otway fracasó como actor, pero su drama *Venice Preserved* (*Venecia defendida*), tuvo un éxito inmenso. Sothorn, el célebre autor, dijo una vez en público que la primera parte de su carrera dramática se había reducido á hacerse despedir de todas partes por su incapacidad. Muchos literatos eminentes podríamos mencionar que han subido de la obscuridad á la fama en el ocaso de su vida. Stern, desconocido antes, publicó su primera obra *Tristram Shandy* á los cuarenta y siete años, y su *Viaje sentimental* á los cincuenta y cinco. De Foe publicó la primera parte de su popularísima obra *Robinson Crusoe* á los cincuenta y ocho años. Richardson no empezó á publicar las novelas que principalmente le dieron fama, hasta los cincuenta. No acabó su célebre *Clarisa Harlowe* hasta cerca de los sesenta. Es verdad que, cuando era muchacho, se había distinguido por su facilidad de invención para contar cuentos á sus compañeros « sacados por completo de su cabeza ». Al mismo tiempo era el favorito de los muchachos en su vecindad, lo cual le obligaba á escribirles cartas amorosas para sus novias.

Fielding escribió su libro *Tom Jones* y Rousseau la *Nueva Heloisa*, á la misma edad próximamente en que Richardson escribió *Pamela*. *Lives of the poets* (*Vidas de poetas*) del doctor Johnson, acaso su mejor

libro, fué escrito tres años antes de su muerte, ocurrida á los setenta y seis años. Ben Jonson murió á los setenta y tres, y en su lecho de muerte escribió su exquisito fragmento pastoral *Sad Shepherd* (*El pastor triste*). Longfellow escribió su ingenioso y delicado poema *De Senectute*, que recitó en el colegio Bowdoin en su septuagésimo aniversario. La reina de Rumanía ha dicho: « ¡La bondad de los niños es angélica, pero la de los ancianos es divina! »

Juan Speed, el historiador, publicó su primera obra á los sesenta y seis años, habiendo ejercido hasta entonces, para mantenerse, el oficio de sastre. Scaligero, el mayor, que fué en su temprana edad paje y después soldado, no se aplicó al estudio hasta muy tarde; y el primero de sus numerosos libros no apareció hasta que había cumplido los cuarenta y siete años. Lamarck, el célebre botánico y zoólogo, entró en el soldado por espacio de diez y seis, tomó parte en un ejército francés á los diez y siete años. Sirvió como chas batallas y se distinguió por su bravura. Al fin fué gravemente herido, y tuvo que retirarse del servicio militar. Tenía cerca de cuarenta años cuando publicó su primera obra de botánica, habiendo estado empleado bajo las órdenes de Jussieu en el Jardín de Plantas. Empezó á dar cursos á los cincuenta años y continuó por espacio de veinticinco. Aunque se puso ciego é inválido, continuó tan aplicado y laborioso como siempre. Su última obra acerca de las *Conchas*, la preparó con auxilio de su hija, y murió á la avanzada edad de ochenta y seis años.

Scaligero y Lamarck fueron ambos soldados en su juventud. Es digno de notarse cuán gran número de hombres eminentes han debido sus hábitos de disci-

plina, obediencia y laboriosidad al servicio militar. La carrera de las armas, en lugar de ser un obstáculo, puede hoy ser de gran ayuda en la vida corriente. El ejercicio, la disciplina y el valor, son útiles en todas las profesiones y ejercen poderosa influencia en la formación del carácter. En todo caso desarrolla la facultad de concentración disciplinada que es esencial para el desenvolvimiento del verdadero genio. Véase por ejemplo, la siguiente lista de soldados distinguidos: en Grecia: Sócrates, Esquilo, Sófocles y Jeneonte; en Italia: Julio César, Horacio, Dante y otros; en España y Portugal: Cervantes, Calderón, Camoens, Lope de Vega, Ignacio de Loyola; en Francia: Descartes, Maupertuis, de la Rochefoucauld, Lacépède, Lamarek, Paul Louis Courier; en Inglaterra: Chaucer, Ben Jonson, Felipe Sidney, Algernon Sidney, Jorge Buchanan, Davenant, Farquhar, Lovelace, Withers, Otway, Bunyan, Steele, Sotheby, Cobbett y Murchison. Tal era la intención del célebre Juan Hünter, al alistarse como soldado cuando su hermano Guillermo le invitó á ir á Londres para ayudarle con sus preparaciones anatómicas. Hizo tales progresos, que á la edad de veintisiete años fué admitido á compartir con él su curso. No publicó sin embargo su primera obra —Introducción al *Treatise on the Teeth* (*Tratado de los dientes*)— hasta los cuarenta y cuatro años. Después de este periodo publicó numerosos escritos originales y de gran valor relativos á la medicina, cirugía y fisiología. El museo de Juan Hünter es, después de todo, su mejor monumento.

1. Pueden agregarse Garcilaso, Ercilla, Tirso, Cadalso, Ros de Olano y otros ciento. — (N. del T.)

Entre los autores tardíos puede mencionarse á de Bonald que, según Sainte-Beuve, tenía más de cuarenta años antes de pensar en escribir ú ocurrirle hacerse autor. Guillermo Hutton, de Birmingham, no se hizo autor hasta los cincuenta y seis años; á partir de esta época escribió catorce obras, la última á los ochenta y cinco años. El reverendo Guillermo Kirby, escribió su *Bridge-Water ' treatise on the habits and Instincts of Animals* (*Tratado acerca de los hábitos y costumbres de los animales*), á los setenta años, Pocos años después publicó su *Fauna Borealis Americana*, y murió á los noventa, mostrando las pacíficas tendencias propias de los investigadores naturalistas.

Se pueden citar varios ejemplos de ancianos maravillosamente dotados, que parecen haber estado al abrigo de la decadencia de la edad y hasta de los estragos de las enfermedades. Disraeli ha dicho que la vejez ha sido una cosa desconocida para muchos hombres de genio, pues han conservado sus facultades sensitivas é intelectuales hasta el último día de su vida. Platón murió con la pluma en la mano á la edad de ochenta y un años, Catón aprendió el griego después de los sesenta años, algunos dicen á los ochenta, á fin de leer los dramas griegos en lengua original <sup>2</sup>. Cicerón

1. *Bridge-Watter* es el nombre de un premio universitario, con motivo del cual escribió Kirby su trabajo. — (N. del T.)

2. Montaigne que desapruueba las obras producidas en la ancianidad, dice de esto: « Lo que se cuenta entre otras cosas de Catón, á saber: de que en la ancianidad se puso á aprender la lengua griega con gran ardor, como para saciar una sed de larga fecha, no me parece muy honroso para él. Es lo que nosotros llamamos propiamente chochear. » (*Ensayos*, lib. II, cap. XXVIII.) Y en otro sitio dice: « Tan pronto es el cuerpo el que envejece primero, tan pronto es el